DISCURSO DEL DR. ELISEO CANTON
(DE BUENOS AIRES)

Me es particularmente grato venir a esta Casa de historia más que secular y que representa la selección dentro de la Medicina catalana. Vosotros, académicos de Barcelona, contáis entre los primeros si se enumeran los grandes prestigios de la Medicina en España y en Hispano-América. Por esta razón me sentí honrado y lleno de la mayor complacencia al recibir vuestra invitación para ocupar tan alta tribuna científica y profesional.

Es además motivo de emoción y contentamiento en mi caso el recuerdo de las relaciones que siempre existieron entre los médicos catalanes y los de mi Patria. Y de manera particular entre esta Academia de Medicina y las instituciones argentinas. Es simbólico el nombre de Cosme Argerich, hijo de catalán, de otro médico ilustre, Francisco Argerich. Vino a Cervera a seguir sus estudios de Medicina, fué catedrático de Física y Química en la misma Universidad y médico práctico en Barcelona. Vuestra Academia le nombró socio corresponsal y en el museo de la facultad de Ciencias médicas se guarda cuidadosamente vuestro título. Vuelto a Buenos Aires, juntamente con Gormán y Fabre, fué fundador de la Facultad, profesor y primer Director de la misma. Vuestro Presidente recordaba su monumento en el patio central del actual edificio. El prestigio de Cosme Argerich revierte a la tierra cuya raza honraba y a la Universidad que le preparó. He aquí como Cataluña, con la Real Academia de Medicina de Barcelona, tienen una parte importante en el progreso de las Ciencias Médicas en la República Argentina.

Por si esto fuera poco, es otro catalán, Francisco Suñer y Capdevila (menor), tío de vuestro Presidente, profesor de Fisiología, el primer Decano de la Facultad de Medicina de Montevideo y autor del plan de estudios que primitivamente tuvo la Facultad de Medicina Uruguaya. Ambas instituciones, docentes y de investigación, la de Buenos Aires y la de Montevideo, han llevado desde su fundación vida espléndida y son honra de las naciones respectivas, de la raza común, y del pueblo de procedencia de sus iniciadores, de vuestro pueblo!

Por ello mi venida hoy a esta Academia de Barcelona, por mi carácter de Presidente de la Academia Nacional de Medicina de la Argentina, de la que forma parte también tan dignamente vuestro Presidente, es simbólica. Representa ante todo un acto de gratitud de la hija cerca de la madre que la diera el ser.

Comprenderéis con esto que entrara en mis proyectos desde hace tiempo, ofrendar mi libro "Historia de la Medicina en el Río de la Plata" a esta Academia y hacer la entrega personalmente, como muestra de mi gran consideración y de particular afecto. Existen además otras razones particulares: mi padre era catalán, como Argerich, como Suñer, como vosotros, y ésta, la Academia de Barcelona, fué en 1789 la primera institución sabia de España que expidió un diploma en favor de un criollo: el recordado nombramiento de Académico Corresponsal otorgado a Cosme Argerich.

Y ahora un brevisimo apuntamiento del contenido de mi obra. La escribí porque deseaba dejar a mis herederos intelectuales, los médicos del Plata, una visión, yo creo que objetiva y exacta, de la obra de nuestros antecesores.

Cito en mi libro los médicos que se contaron entre los primeros colonizadores y que fueron, claro está, españoles, como lo fueron los que les sucedieron hasta diferenciarse el espíritu de la Nación Argentina. Así se explica que me ocupe, como preliminar necesario, del estado de la Medicina en España durante los siglos XV y XVI y señale la intervención de Fernando el Católico en su progreso al autorizar, por Real Cédula de 1488 y por primera vez en el mundo, las autopsias y la disección anatómica del cuerpo humano. Esta disposición tan progresiva debía favorecer extraordinariamente el estudio de la Anatomía y fué el punto de partida de las adquisiciones definitivas conseguidas durante el Renacimiento. En efecto, la Anatomía constituyó una de las Ciencias que más progresaron en aquellos dos siglos.

Citemos todavía unos nombres y unos hechos de la Medicina española en aquellos tiempos. Es sabido que Carlos I costó la edición de la clásica obra de Vesalio "De humani corpo-

ris fabrica", que revolucionó la enseñanza de la Anatomía en todas las Universidades europeas. Se ha hecho inmortal la fama de Andrés Laguna, gran anatómico, clínico, cirujano y erudito; de Daza Chacón, inventor de la ligadura de las arterias, con cuya operación salvó la vida a Cervantes, de Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre, de Luis Mercado, práctico y filósofo, de Francisco Vallés, el divino Vallés, el Hipócrates español, clínico extraordinario y publicista eminente, de Francisco Hernández, naturalista que catalogó la Flora de Nueva España, sin que por desgracia se llegara a editar su libro, cuyo original se perdió, al ser destruida por un incendio la Biblioteca del Monasterio del Escorial.

En 1516 García de Solís desembarca en el Río de la Plata, siendo muerto por los naturales. No había médicos en esta expedición. Los cirujanos Fernando de Molina y Pedro de Mesa y otro, Maese Juan, cuyo apellido no ha llegado hasta nosotros, acompañan a Cabot en su expedición a las afluentes del Río de la Plata, descubriendo los ríos Paraná y Paraguay.

Fué D. Pedro de Mendoza, primer Adelantado, favorito del Emperador, quien al gobernar, se ocupó por vez primera y con tesón de la salud de sus hombres, considerándola condición necesaria para el éxito de las empresas colonizadoras. Llevó como técnico, si no a un médico, a un Bachiller graduado, D. Fernando de Zamora, quien por circunstancias diversas, no pudo aplicar a su jefe, cuando padeció de bubas, el emplasto de Vigo, otro invento español.

El segundo Adelantado, D. Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, pidió al Emperador que ordenase a Zamora embarcar de nuevo para acompañarle al Plata; demostración del prestigio que alcanzara el Bachiller por su anterior gestión.

Al fundar Juan de Garay la ciudad de Buenos Aires en su actual emplazamiento, no venía tampoco acompañado de médico alguno. Sólo quince años más tarde se habla de D. Manuel Álvarez y poco después de un célebre barbero, Jerónimo de Miranda, venido de España, que parece lograr curas extraordinarias. Después de esto se multiplican los que se dedican en el Plata a la práctica de la Medicina, todos ellos españoles.

Y ahora cumple preguntar: ¿frente a estos médicos colonizadores, cual era el estado de la medicina entre los indígenas?

No puede hablarse ciertamente de una medicina. Aquellos hombres primitivos atribuían sus males a maleficios ajenos, a las culpas del propio paciente. Sus medidas terapéuticas se basaban en supersticiones en mezcla informe con alguna observación empírica. No había médicos, sino exorcistas y brujos, pero al mismo tiempo chupadores que extraían por succión ciertos venenos antes de que llegaran a la sangre y prácticos que conocían las virtudes de algunas plantas medicinales. Así, el uso de la coca y la quina nos fué enseñado por los indios, según testimonio del Padre Montenegro y del Padre Asperger. Masticaban el nardo y lo aplicaban sobre las mordeduras de las serpientes ponzoñosas, conocían la hierba de la víbora, cuyo conocimiento los indios se reservaban, y parece que el P. Montenegro curó de la tisis por el uso de la raíz de guayacó recomendada también por los naturales. Montenegro reunió sus conocimientos de terapéutica vegetal, en 1710, en su "Materia Médica Misionera".

Fueron los religiosos quienes establecieron relaciones cordiales con los indios: les enseñaron, y a la vez aprendieron de ellos, en medicina como en todo. Porque monjes y sacerdotes en el siglo XVI, podían ejercer la medicina, de igual manera que cultivaban las artes y las ciencias. Ninguna pasión podrá negar la eficacia civilizadora del clero en el Plata! Hay que citar a los jesuitas en primer término y entre ellos, distinguiéndose particularmente, Pedro Montenegro.

Los religiosos españoles civilizaban con la Cruz y enseñaban la agricultura, y al mismo tiempo a leer y a escribir. En efecto, la primera imprenta fué llevada a América por los jesuitas del Paraguay.

El trato dado a los indios por dichos religiosos fué generalmente paternal, modelo de métodos de colonización y en oposición siempre con las tendencias a la dominación militar. La misión civilizadora de España en América debiera ser la admiración del mundo, y sin embargo España ha sido calumniada una y otra vez cuando se ha tratado de enjuiciar su gestión en América. Es el conocimiento exacto de la Historia la completa revindicación, el honor de España. La legislación colonial en la Nueva España, que dispone y regula las relaciones entre los blancos y

los indios y los derechos de éstos, es un modelo que han copiado otras naciones y de la que deberá enorgullecerse en todo tiempo la Madre-patria.

La crueldad para con los indígenas es una fábula tendenciosa hoy desacreditada. Se afirmó que fueron sacrificados 27 millones de aquéllos durante la colonización. Totalmente falso! Hubo en muchas ocasiones alta mortalidad entre los indios, pero fué a consecuencia de epidemias, de las cuales padecieron también los españoles. Las más mortíferas, las epidemias de viruela, enfermedad desconocida en América y en la que sucedió lo de siempre: los españoles importaron la infección y, ante ella, la raza autóctona, que jamás la padeciera, se mostró particularmente sensible. En cambio, los europeos connaturalizados con la enfermedad y gozando, por ello, de una cierta inmunidad individual, propia y heredada, se mostraban más resistentes, cosa no obstante, que no impedía que enfermaran también y aun murieran. Tales epidemias diezmaron el país, cebándose en los naturales. Por la epidemia de 1517 fueron exterminados los naturales de Santo Domingo; desde allí pasó a Méjico, Perú (1532), Chile (1554), Paraguay (1589) y Buenos Aires (1621), ocasionando grandes estragos. De tal manera que se llamó a la enfermedad "vaho de los españoles", porque venía con los extranjeros.

Pero de estos sucesos desgraciados los españoles no tenían responsabilidad alguna. En cambio, en los primeros años del siglo XIX, y adelantándose, como tantas veces, a su tiempo, fué España que buscó el remedio para prevenir los desastres de la viruela: se organizó la expedición sanitaria dirigida por Balmis para llevar a América los beneficios de la vacuna. Esta expedición, que en 1803 zarpó de la Coruña, en la corbeta María Pía, es otra gesta española a la altura de las más heroicas. No fijado como lo está hoy el virus, fué preciso embarcar veintidós niños con sus nodrizas para inocularles durante el camino de brazo a brazo y conservar la vacuna hasta llegar a América después de la larga travesía en un velero, siempre de itinerario inseguro. A pesar de todas esas dificultades, el viaje fué un éxito y llegó a América el medio eficaz de impedir la difusión de la viruela que tantos daños causara anteriormente.

No existió Medicina organizada en el Plata hasta el siglo XVIII. En 1780 se creó el Protomedicato en la colonia, por iniciativa del Doctor Miguel Gormán y nombramiento del Virrey Vértiz. Unos años más tarde, se funda la Facultad de Ciencias Médicas según os he dicho antes. De lo que es hoy la Medicina en la República Argentina, de sus inmejorables instituciones, de su adelanto, del valor de sus hombres, no soy yo quien ha de hablar, pero sí puedo hacer la afirmación de que todo ello es grande. Del desarrollo y esplendor de nuestra Facultad dará idea el hecho de que al fundarse contaba escasamente con 100 alumnos y en la actualidad se reúnen en las distintas Facultades Argentinas hasta 7000. He aquí, pues, una obra admirable. El monumento al fundador Argerich de que ha hablado vuestro Presidente constituye el más firme lazo moral entre españoles y americanos!

Con estas palabras, un tanto atropelladas y excesivamente esquemáticas, hago la presentación de mi libro, que me honra sea aceptado por tan docta Corporación. Para escribirlo no tuve otro móvil que la gloria de la raza, de nuestra misma raza; de nuestra misma sangre y de nuestro mismo espíritu. De esta raza a la que quedan reservados los más altos destinos, y quizás al fundirse con los pueblos aborígenes que cuentan con civilizaciones más que milenarias.

Si el libro me costó desvelos y esfuerzos de toda clase, fueron aquellos muy bien empleados. Fué obra del entusiasmo y del patriotismo común, porque no hay que desperdiciar la ocasión de decir nuestros deseos y de afirmar nuestras esperanzas. Para que éstas se confirmen hay que engrandecer España y la América española, y acercarnos movidos por el amor y la generosidad que nos premiará el interés! Ya que si en esta reunión espiritual crece el prestigio de unas, crecerá también y automáticamente el prestigio de todas las demás. Honrar a la madre es siempre hacer bien a las hijas. Y de honrarla todos tenemos igual deber, porque nos une la vida—el alma y la materia—y porque comulgamos en los mismos ideales, es igual nuestra Religión y hablamos el mismo Idioma.